

Analizaremos, primero, el movimiento estacional de los nacimientos; a continuación, nos centraremos en las defunciones. En Albacete, los meses durante los cuales se veía aumentar los nacimientos ocupaban el primer cuatrimestre del año: enero, febrero, marzo y abril. Descontados los nueve meses de gestación del niño, equivalen a concepciones sobrevenidas en abril, mayo, junio y julio, es decir concepciones primaverales. En otros meses del año los nacimientos sobrepasan, también, el promedio anual; eran estos los de septiembre y diciembre, que correspondían a concepciones de diciembre y marzo, respectivamente. En cambio, durante el verano los nacimientos experimentaban una desviación negativa, es decir, nacían menos del promedio anual.²⁹

El año de 1858, así como fines de 1857, merece un tratamiento aparte y su comportamiento, pensamos que entra dentro de las consecuencias demográficas de la crisis alimenticia de 1857. Efectivamente, parece ser que los organismos, debilitados durante el invierno y parte de la primavera de 1857 —que como se recordará corresponden al período de

observado por varios autores. En este sentido pueden verse los trabajos de N. SANCHEZ-ALBORNOZ en *“La modernización demográfica. La transformación del ciclo vital anual, 1863-1960”*, en *Jalones en la modernización...*, op. cit.; se centra en tres años tipos, que son 1863, 1900 y 1960, en busca de la transformación de lo que él llama ciclo vital anual; es decir, la alternancia rítmica que supone la “expansión invernal y retracción estival fuertes”. El mismo autor trata este tema en *“Crisis alimenticia y recesión demográfica”* en *“España hace un siglo...”*, op. cit., donde estudia los efectos demográficos de la crisis alimenticia de 1868. También, J. SANCHEZ VERDUGO, para la década de 1840, en *“La población española: cómo se distribuye, cómo nace y cómo muere”*, *“Revista internacional de sociología”*, 32, 1952. págs. 380-382.

29. SANCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás, en los artículos citados en la nota anterior da una explicación a este comportamiento: ante el desarrollo de las enfermedades infecciosas durante el verano, “las concepciones primaverales constituían tanto una reacción instintiva como una respuesta inteligente de nuestros antepasados. Basada en una antiquísima experiencia, revelaba el temor que existía a exponer a los párvulos durante el verano a una muerte probable. Los riesgos que corrían al nacer parecían menores tal vez si veían la luz en el invierno”, en *“Jalones...”*, op. cit., cap. “La modernización...”, pág. 157. No cabe la menor duda de que el tema es complejo. Su estudio forma parte de una historia de las mentalidades de los albaceteños de mediados del siglo pasado. Por nuestra parte, ya hemos podido comprobar por el gráfico núm. 4 cómo las muertes invernales eran superiores para el grupo de la población adulta frente a las estivales, mayoritarias con mucho para la población infantil y juvenil.